

PRÓLOGO

Algo monumental estaba a punto de ocurrir; posiblemente lo más monumental que jamás haya pasado nunca en ningún sitio.

Encorvada junto a la esponjosa base del baobab, bajo una franja de cielo disgustado, dirigió la mirada hacia las montañas del otro lado del lago al tiempo que una bandada interminable de aves de pico ganchudo migraba cruzando las aguas.

¿Por qué no estaba él aquí? ¿Por qué no estaba con ella?

Sabía la respuesta. Estaba lejos de su alcance, a dos o tres días de camino, cazando. Un sudor de melaza le corría por las arrugas de la frente y le goteaba por todo el ancho de la mandíbula.

Entonces ocurrió de nuevo.

Había vuelto.

El latigazo de dolor le rodeó las caderas como un lazo para ganado y empezó a apretarse lentamente. Enseñó los dientes y un sonido que parecía completamente ajeno a su pequeño cuerpo irrumpió en el cielo de la noche. Por un instante hasta las cigarras se callaron. Sola, y asustada como no lo había estado en toda su vida, se echó a llorar. ¿Por qué había tenido que seguir subiendo río arriba en busca de fruta? ¿Por qué no se había dado la vuelta cuando empezaron los primeros dolores? Pero había estado llevando el bebé tanto tiempo que los había ignorado, sin darse cuenta de que por fin había llegado la hora.

Ahora ya era demasiado tarde.

Otro lazo.

Sus uñas marrones cavaron unas profundas medias lunas en las palmas de sus puños apretados a medida que el garrote se estrechaba cada vez más, hasta que sintió como si le estuvieran arrancando de cuajo el corazón. Empujaba, gruñía, chillaba y gritaba y, justo cuando pensaba que ya no podía aguantar más el dolor, su cuerpo se desgarró, y una cabeza se abrió camino hacia la existencia.

Sostuvo la cabeza del bebé entre las manos y empujó. Primero consiguió liberar un hombro, seguido de un segundo, luego el bebé salió con ímpetu deslizándose hasta los brazos de su madre, arrastrando tras de sí un cordón umbilical tembloroso de un color negro muy brillante. Ella agarró el cordón y le ató un trozo de cuerda alrededor, a un pulgar de distancia de la tripa del bebé, luego partió en dos el cordón mordiéndolo con cuidado, a otro pulgar de distancia de allí.

Cogió al bebé en alto y lo examinó con ojo crítico. Un sollozo de alegría entrecortado salió de su cuerpo agotado.

Era una niña.

Le lamió las aguas de la cara. Ahora podía verla mejor.

Pero, un momento.

Algo no iba bien. Su instinto se lo decía.

Las extremidades del bebé eran demasiado cortas, tenía la frente demasiado ancha y la cabeza... la cabeza era grandísima. Lo sostuvo en brazos, sin saber muy bien qué hacer.

Pero tenía razón: algo raro le pasaba al bebé. No iba a ser un bebé normal.

No iba a ser como su madre. No iba a ser como su padre. No iba a ser como nadie.

Como nadie hasta entonces.

Apartó la hierba de la sabana con sus dedos curtidos por el sol y miró a través del claro. Aquí, en una enorme garganta con forma de Y, en un lugar llamado luego las llanuras de Serengeti, en el norte de Tanzania, ella había dado a luz al primero. El primero de una especie que más tarde recibiría el nombre de Homo.

Del que vendrían primero el Homo habilis, luego el Homo erectus y por último el Homo sapiens.

Había nacido el primero.

El primer humano.

Sujetó a la diminuta criatura contra su pecho y empezó a darle de mamar. Una vez alimentado el bebé, la mujer mono lo separó de su pecho y lo colocó con delicadeza sobre un lecho de tallos de avena roja.

El bebé se hizo un ovillo y se durmió.

PRIMERA PARTE

Ciberia

CAPÍTULO 1

Seis millones de años después, en una nave de transporte de clase tres destaralada, el último ser humano del cosmos yacía en la misma posición fetal que su hermana muerta tiempo atrás, murmurando frases en el galimatías del Sueño Profundo, hasta que un cuenco de sopa de col mal digerido provocó la fuga sonora de una bolsa de aire que abandonó su intestino grueso y le despertó de sus sueños. Por un breve nanosegundo no podía recordar dónde estaba. Una voz interior, llena de rencor, se rió por lo bajo disimuladamente dentro de su cabeza. "Disfruta del momento", susurró. "Aférrate a la amnesia, porque este brevísimo instante en que no recuerdas nada es lo mejor que te va a pasar en mucho tiempo."

Naturalmente a Lister le importaba bien poco lo que dijera su voz interior y hacía todo lo que podía para ignorarla. Pero nada podía callar la voz interior cuando tenía que comunicar malas noticias, noticias tan malas como esta mala noticia. "Hagas lo que hagas", continuó provocándole, "no vuelvas a la realidad; no te va a gustar ni un pelo."

Se incorporó con apuros y se quedó sentado observando a través de la mugre de la ventanilla. Estaba en algún tipo de nave espacial que se preparaba para aterrizar, descendiendo en picado sobre una serie de enormes cañones y barrancos esculpidos en un mar de arenisca sin vida en una luna desértica. Levantó sus muñecas esposadas e intentó recobrar la sensibilidad en la cara dándose un masaje con las bases de los pulgares.

¿Una luna desértica?

¿Por qué iba a estar él aterrizando en una luna desértica? ¿Una luna desértica con un complejo de edificios rodeado de alambradas de espino y torres altas de vigilancia en cada esquina con unos enormes focos giratorios?

Acercó la cara a la ventanilla y vio cómo su reflejo le miraba con cara de idiota. Al principio no se reconocía. No conocía a ese tipo encorvado de ojos marrones y párpados caídos.

¿Ese era él? ¿Ese tipo con la barba de siete días y las mejillas hundidas? ¿Ese del mono kaki y la gorra a juego? ¿Ese de las cinco rastas en la cabeza que normalmente le cuelgan por la espalda, como serpientes adormecidas, pero que ahora estaban atadas con una cinta de pelo kaki?

¿Dónde estaba su actitud alegre habitual? ¿Dónde estaba su sonrisa de medio lado, esa sonrisa abierta de vaguete simpático que tenía más picardía que la cuarta rueda de un carrito de supermercado? ¿Dónde estaban sus pantalones de motorista, y su cazadora de cuero sembrada de parches y graffitis pintados a mano?

Estaba contemplando a un fiambre vestido con mono y con un número en la gorra.

Se acercó al extremo del banco y examinó el pasillo. Cincuenta, tal vez sesenta, cuerpos ocupaban el feo interior de color gris plomo: una panda lamentable de simulantes sin escrúpulos, droides renegados, hologramas con tendencias suicidas y una extraña mezcla de formas orgánicas de ingeniería genética.

Todos esposados.

Todos invitados forzosos de Su Majestad Imperial F'hnhijrsf Dernbvjukidhgd El Impronunciable.

Lister recordó entonces. Lo recordó todo. La cara se le puso más blanca que un par de zapatillas de tenis sin estrenar.

"Te lo he dicho", dijo la voz interior. "¿No es la peor situación en la que has estado en toda tu vida?"

La voz interior se equivocaba, pero no por mucho.

Lister se quedó mirando fijamente por la ventanilla y los músculos de su cara entraron en modo "No hay nadie en casa" mientras él se ponía a repasar la sucesión de desastres que le habían conducido a este punto en el Tiempo y el Espacio. Empezó a hacer una lista de las malas decisiones, los trabajos mal elegidos, las amistades de poco fiar que le habían traído hasta aquí: una nave de prisioneros con rumbo a la colonia penal más inhóspita de los confines del Cosmos. Nunca había tenido muchas aspiraciones en la vida. Lo único que de verdad siempre había querido era ser un icono del soft metal, lanzando himnos del rock con su guitarra durante toda la noche para medio millón de idólatras fanáticos. ¿Acaso era pedir demasiado, ser acosado cada noche por hordas de mujeres emocionalmente inestables que se sentirían obligadas a embardurnarle el cuerpo con una amplia gama de productos lácteos y después quitarle dichos productos lácteos de varias formas interesantes? Una fina sonrisa le atravesó la cara y se detuvo en seco en la comisura de los labios. Bueno, en algún momento algo había fallado. Nunca había estado cerca de cumplir ese sueño en concreto, ni siquiera se había acercado a una distancia igual al cable de amplificador de una Whirlwind.

¿Por qué? ¿Era mala suerte? ¿Era que nunca había tenido la oportunidad? ¿O era sencillamente que nunca se había molestado en aprender a tocar la guitarra?

Tocarla en serio.

Tres acordes.

Qué demonios, puede que incluso cuatro. Ojalá hubiera comprado el maldito libro con el que aprendías a tocar en un día. Un cochino día y las cosas podrían haber sido muy diferentes. No hubiera acabado aquí, atrapado

en mitad del Espacio Profundo, el último miembro de la raza humana, a años luz en sentido literal de la mujer que amaba y de un curry bien picante.

En algún momento de su vida había tomado una decisión nefasta para su carrera profesional: había ignorado la puerta que decía "Leyenda del rock" y había optado en su lugar por la que decía "Desperdicio humano sin oficio ni beneficio destinado a perder el tiempo."

Lister exhaló un suspiro, como un botellín de cerveza fría recién abierto, y se preguntó cuándo había empezado a torcerse todo.

Era un error haberse puesto corbata, lo supo en el minuto en que entró en el Foro de Justicia. Un error muy, muy grande. Debería haberse puesto los marianos llenos de manchas de aceite y la chupa negra de cuero encima. Ese atuendo hubiera sido mucho más adecuado para un hombre que estaba siendo juzgado. Mucho más adecuado para un hombre que se enfrentaba a cargos de delitos graves contra el estado foig. Para empezar habría estado cómodo. La única camisa de vestir que tenía le estaba por lo menos dos tallas pequeña de cuello, y le hacía sentirse como si los cinco litros de sangre de su cuerpo se le hubieran metido a presión en la cabeza y estuvieran intentando salir del cráneo haciendo saltar los ojos de sus cuencas. Además, se acababa de dar cuenta de que precisamente esa corbata no había sido una gran elección. Cierto es que solo tenía una corbata, así que no disponía de mucho donde elegir exactamente, pero pensándolo bien una corbata ancha amarilla con un dibujo de una mujer en un potro de ginecólogo probablemente había sido un error. De algún modo no le daba ese aura de respetabilidad que esperaba conseguir. El pilar del vestuario formal era un desacierto.

Los juramentos silenciosos daban vueltas dentro de su cabeza. Si no se hubiera esforzado tanto en tener un aspecto tan distinguido no se habría sentido como un maldito memo. No debería haberse esforzado tanto en dar buena impresión, debería haberse puesto la ropa de siempre.

No era la primera vez que cometía un tremendo error de cálculo en el tema de vestir. Su mente retrocedió a los días anteriores a la fuga de radiación, antes de que el Enano Rojo fuera enviado a toda velocidad a las inmensidades baldías del Espacio Profundo mientras él dormía, ajeno a todo, en animación suspendida.

Le habían invitado a la fiesta de verano en el comedor de oficiales.

A él, un humilde técnico de tercera.

La invitación decía que se trataba de una celebración informal, de manera que eso fue exactamente lo que hizo: se puso unos pantalones cortos de fútbol en gravedad cero y llevó una lata de cerveza. Por extraño que parezca, un oficial con traje de verano beis no le dejó entrar. Si querían que hubiera ido

vestido como un pingüino que lo hubieran dicho.

Ahora, al abrirse de par en par las imponentes puertas de roble del Foro de Justicia y empezar a avanzar por el pasillo hacia su asiento escoltado por los guardias de seguridad foig, supo que lo había vuelto a hacer. Atravesó la sala del tribunal como si estuviera entrando al matadero y tomó asiento tras el escritorio de roble pulido. Agachó la cabeza, avergonzado. ¿Al matadero? Más bien parecía que iba al dentista.

Se abrió una puerta en la parte de atrás del Foro de Justicia y el regulador foig tomó asiento en el estrado. Como la mayoría de los foig de Arranguu 12 era un albosapo, un extraño cóctel genético de albatros, oso y sapo. Con una altura de más de dos metros en posición erguida, tenía el cuerpo cubierto de un pelaje negro con una media luna en el pecho sobre unas ancas de sapo gigantes. Como todos los foig había sido diseñado con genes que retrasaban el envejecimiento, y su esperanza de vida era de cerca de mil años.

La suave cabeza blanca con su largo y ganchudo pico naranja y dos ojos, más fríos que las manos de un médico, examinó la sala y luego se detuvo sobre Lister.

—¿Tiene usted abogado?

—Voy a llevar mi propia defensa, señoría. Durante los meses que han precedido a mi juicio me he familiarizado con su sistema legal y creo que esto se me va a dar de perlas.

El regulador le hizo una señal al fiscal con la cabeza.

—Comience su alegato.

Lister permaneció en silencio mientras el fiscal exponía los cargos contra él. Por fin, se sentó con un gesto airado de congratulación y Lister se puso en pie frente a los seis miembros encapuchados del jurado.

—La acusación carece de fundamento y mi defensa es muy simple. Deseo acogerme a la cuarta arena de D'Aquaarar y así protegerme contra el incumplimiento de la Xzeeertuy por la inhabilitación zalgona de Kjielomnon, como está permitido aquí en la colonia del asteroide Arranguu 12 durante la tercera estación de cada quinto ciclo.

—¿Qué?

Una sonrisa de tamaño bebé se encaramó a la cara de Lister.

—Remito a su señoría al caso de Mbazvmbbcxyy contra Mbazvmbbcxyy. Y solicito la nulidad del proceso —se dejó caer sobre la silla y se quedó balanceando la cabeza adelante y atrás en señal de triunfo—. He acabado.

—Pero este es el sector norte de Arranguu 12.

—¿Y qué?

—No el sector sur.

—¿Y qué?

El regulador miró a Lister totalmente perplejo.

—Nosotros no compartimos el mismo sistema jurídico desfasado, arcaico e incomprensiblemente extraño que tienen en el sur.

—¿Ah no?

—Por supuesto que no. Nosotros nos regimos por el sistema Jhghjiuyhu.

—¿El sistema qué?

—El sistema Jhghjiuyhu, que es claro y directo y cualquier Hniuplxdewn o Tvcnkolphgkooq lo puede entender.

—¿Cualquier Hniuplxdewn o Tvcnkolphgkooq?

— Tvcnkolphgkooq —corrigió el regulador—. Por eso siempre celebramos el día del Cvcbdekihmnhuye: el día que nos ganamos el derecho a ser un estado con gobierno propio y pudimos liberarnos de los grilletes del fango legal y burocrático incomprensible. ¿Así que qué desea hacer? ¿Acogerse a la séptima rama de O'pphjytere o arrojar su alma al gran fuego de N'mjiuyhyes?

—Esto... —dijo Lister, para ganar tiempo—. ¿Me puede repetir las opciones?

—Elija.

—Mmmm...

—¿Y bien?

—Voy a acogerme al cuarto palo de... ¿cómo se llama?

—¿La séptima rama de O'pphjytere?

—Eso mismo.

Un maremoto de sorpresa resonó por todo el Foro. Las cejas de Lister se fosilizaron en su rostro mientras él miraba a un lado y a otro a las filas de caras de desaprobación de los foig que estaban sentados en la tribuna.

—¿Eso es malo?

—Si el jurado de los Seis le declara culpable, entonces acogerse a la séptima rama de O'pphjytere supondrá triplicar la duración de su sentencia.

—Bueno, en ese caso elijo...

—La elección ya está hecha. Prosigamos.

Lister se aflojó la corbata, se desabrochó la camisa y se quitó los pantalones color crema recién planchados. Rebuscó en el interior de su maletín, sacó una lata de cerveza rubia extra fuerte, cruzó sus piernas desnudas llenas de pelos sobre el estrado del regulador y se puso a beber la cerveza a sorbos ruidosos. Esperando a que le declararan culpable.

CAPÍTULO 2

La compuerta de la esclusa de aire de la nave se abrió con un sonido gaseoso y Lister y el resto de los prisioneros comenzaron a abrirse camino a empujones por la rampa de desembarque hacia abajo y luego por el muelle de atraque. Un millar de diminutas partículas de polvo le abrasaron la cara, recordándole al aftershave marroquí que Rimmer le había dado una vez como regalo de Navidad con retraso.

Flanqueados por guardias, los prisioneros avanzaron en desorden por el paseo de la plataforma de aterrizaje hacia el interior abovedado del Gran Pabellón. De mil metros de largo y más de quinientos metros de ancho, estaba construido a base de acero, cristal y cemento armado. Lister echó un vistazo a su alrededor. Era un magnífico testimonio de la habilidad foig el haber levantado un estadio tan imponente como este en una luna tan hostil como Lotomi 5. Los ostentosos adornos de espirales junto con los techos de altura de vértigo daban al pabellón un ligero tufillo a mitin fascista y, como en todos los otros asentamientos foig, las enormes banderas con los colores verde y negro colgaban de cada pared. En todas se podía ver la doble hélice gigante del ácido nucleico ADN y, en un alfabeto extraño, una frase que decía: "La Clave de la Vida. Nada es Imposible".

De repente, la música empezó a sonar a todo volumen en el pabellón a través del colosal sistema de megafonía. Era una especie de himno local. Lister, cuando menos, odiaba los himnos. Estaba convencido de que hacían estallar guerras. En especial los similares a este, que era inquietantemente exaltador y hablaba de conflictos, luchas y de entregar la vida por la causa de la victoria definitiva. Cuando hubo terminado el himno, las gigantescas puertas del recinto se abrieron de par en par y una cosa que parecía que se había escapado de un viaje de LSD muy malo entró en el pabellón y ocupó su lugar en el estrado. Una corriente de náuseas tibia y repugnante inundó el cuerpo de Lister ascendiendo desde su estómago. Tenía las piernas de una jirafa, el cuerpo de una babosa mastodóntica y la cabeza sin orejas de una cobra gigante; además parecía que le acababan de echar un cubo de mocos encima.

Lister se puso a temblar. No había visto algo tan asqueroso como esto desde la última vez que limpió el cajón de las verduras de su nevera.

La enorme cabeza alargada de la criatura se cernía sobre los prisioneros allí reunidos como un gigantesco falo cansado, y su larga lengua rosa se agitaba dentro y fuera de la boca, soltando una especie particularmente indescriptible de indescriptible moco amarillo. Las primeras frases de su discurso se perdieron bajo un crescendo de arcadas y vómitos. Pero esto no era nada raro

para ella. Muy pocas formas de vida se encontraban con la jibacobra sin evacuar al menos parte de sus contenidos corporales. Por lo que a la jibacobra respectaba, "Hola" y "Buaaajjjjjj" eran sinónimos. El vómito a modo de proyectil era una forma de saludo. La jibacobra no tenía ninguna culpa de haber sido creada a partir de restos sobrantes de ADN descompuesto. Le habían dado la oportunidad de existir y tenía la intención de agarrarla con sus tres ventosas rezumantes de viscosidad. De acuerdo, era repugnante. Probablemente era el organismo más horroroso, desagradable, deformado, retorcido, asimétrico y antiestético hasta hacer saltar las lágrimas que jamás había tenido la suerte de respirar oxígeno (bueno, con la posible excepción de George Formby). Pero la imagen no lo es todo. Este era el nuevo mundo, el nuevo sistema solar, una galaxia de oportunidades, donde todas las criaturas eran iguales y cualquiera podía llegar a ser presidente de la República Unida de las Formas Orgánicas de Ingeniería sin importar quién era ni cómo había nacido, ni siquiera si tenía el aspecto de una jibacobra y escupía jugos indescribibles sobre la cabeza de aquel a quien se dirigiera. Estaba aquí para desempeñar una función y era tan válida como cualquiera. De hecho, aquí en Lotomi 5 era un miembropreciado de la comunidad, muy valorada y respetada, porque se comía los vertidos corporales de todas las otras formas de vida y los reconvertía en un combustible sin humos muy requerido. No todo el mundo podía hacer eso. Para más señas, era la comandante de la colonia.

La jibacobra iba por la mitad de su discurso de "Puede que suene un poco a tópico, pero nadie ha escapado nunca de esta colonia penitenciaria y la razón por la que esto es así es porque es totalmente imposible" antes de que algo de lo que estaba diciendo se pudiera oír lo más mínimo. Aquellos que no podían vomitar, como los mecanoides o los hologramas, se retorcían en seco de las arcadas. De manera que el ruido era considerable. La jibacobra continuó sin complejo alguno; a ella todo este tipo de cosas le resbalaban.

Al final Lister pudo oír los últimos coletazos del discurso.

—...no obstante, si intentáis escapar y os cogen, seréis aniquilados, pero no antes de... —la jibacobra hizo una pausa, y una nueva secreción, con un color de rana gratinada, se le filtró por la comisura de los labios—. Pero no antes de —repetió— que hayáis compartido la cama conmigo.

De nuevo un monzón de vómitos. Toda una temporada de lluvias de selva ecuatorial en forma de devuelto. Una cacofonía de gente potando que duró por lo menos dos minutos.

La jibacobra sonrió coquetamente y continuó su lluvia de fluidos viscosos sobre las cabezas de la audiencia.

—Estáis aquí porque todos habéis cometido actos atroces contra la República Unida de las Formas Orgánicas de Ingeniería. Habéis tenido un juicio justo en vuestros asteroides de origen...

—Yo no —dijo una voz.

—No, yo tampoco —dijo otra.

—Ni yo.

La jibacobra chasqueó la lengua enfadada.

—Está bien, la mayoría de vosotros no habéis tenido un juicio justo, pero os han declarado culpables. Y os han enviado aquí a Lotomi 5 para recibir vuestro castigo. En ese aspecto seguro que no os decepcionamos. Después de esta reunión os acompañarán a las instalaciones médicas donde os lavarán, os afeitarán y os pondrán los equipos. Luego os llevarán a la cámara central en donde cada uno ocupará su lugar en el escenario de realidad virtual que corresponda a la gravedad del delito cometido —la jibacobra lanzó la lengua de un lado a otro—. Bienvenidos a Siberia.

Ciberia, porque cada interno estaba conectado mediante una interfaz a una red cibernética gigantesca (el cerebro y el sistema nervioso estaban en contacto directo con una inmensa realidad creada por ordenador) en la que cada interno pagaba por sus delitos siendo obligado a cumplir la sentencia en un infierno de su propia invención.

Recorrió el pasillo acompañado por una falange de seis guardias mientras un aire frío y mortificante salía silbando por los ventiladores del sistema de reciclado, haciéndole acordarse de su cabeza recién rapada.

Le habían quitado el pelo. Le habían cortado las trenzas, las cinco rastas que había llevado desde los diecisiete años.

Dos puertas de acero se abrieron deslizándose y el destacamento entró en la cámara central. Conocía demasiado bien ese olor fétido.

Observó la gigantesca matriz de cabezas: todas calvas, todas a flote en la superficie del ciberlago gigante, todas con los cascos de dotación reglamentarios de Siberia.

Cascos que se clavaban directamente en el cerebro mediante unas varillas finas como agujas y les transportaban al Ciberinfierno.

Permaneció de pie, triste e indefenso, mientras hacían los preparativos. Un doctor foig, con aire serio y profesional, le inyectó una jeringuilla de aire y sintió cómo su cuerpo se relajaba hasta quedarse sin fuerzas.

Dos ayudantes le arrancaron la fina bata blanca, metieron su cuerpo desnudo en un cubículo de azulejos blancos y le apuntaron con una manguera. La manguera arrojó una especie de parafina líquida de olor nauseabundo, que se enfriaba rápidamente al contacto con su cuerpo y empezaba a fijarse. En poco rato estaba cubierto de una capa muy fina de la ciberespuma que controlaría y manipularía sus sentidos, haciéndoles obedecer las órdenes del ordenador gigante que supervisaba los escenarios de los prisioneros. Los dos ayudantes

cargaron con él hasta la orilla del inmenso ciberlago rosa y lo depositaron suavemente en sus dulces y cálidas aguas.

Le recordaron sus delitos, pero estaba demasiado abatido y entumecido para poder siquiera negarlos. Luego se agacharon y activaron el casco. Las varillas se liberaron.

Se adentraron bajo su cráneo como ratas hambrientas a las que han dejado varias semanas sin comer. Sintió el calor y el hedor del hueso quemado por el láser mientras las varillas le pinchaban el cerebro y se instalaban en su mente.

Poco después habían alterado completamente su percepción de la realidad.

SEGUNDA PARTE

Horquilla Temporal

CAPÍTULO 1

Algo estaba a punto de ocurrir. Algo casi imperceptible.

Un chasquido en la oscuridad. Un chasquido en el perfecto silencio atemporal. Tras el chasquido vino un segundo chasquido.

Y después luz.

Un resplandor tenue de luz azul que poco a poco fue inundando la sala a medida que la unidad de Sueño Profundo se encendía y empezaba a descender del techo lentamente. La unidad se posó con suavidad sobre la cubierta y la tapa se deslizó hacia atrás con un silbido, liberando de la cámara de sueño unos rizos de humo que caían rodando al suelo al tiempo que el cuerpo de un hombre todavía medio dormido se incorporaba sentado, con la cara oculta tras una explosión frenética de vello facial.

Se rascó el pecho con una de sus uñas de quince centímetros y soltó un gruñido lento como el de un oso herido. Se pasó la lengua por alrededor de la boca y se tragó la saliva. Sabía a una mezcla de agua estancada de acequia y pechuga empanada de un menú de avión.

Miró a su alrededor. El camarote le sonaba y le resultaba extraño a partes casi iguales. Lo conocía palmo a palmo y sin embargo apenas sí lo conocía. Una guitarra vieja con forma de estrella a la que le faltaban dos cuerdas estaba apoyada contra una silla; varios pósters enmarcados de estrellas del fútbol en gravedad cero descansaban contra las paredes y el suelo estaba plagado de cajas sin desembalar.

Recordó que se llamaba Retsil. Retsil Evad. Cogió un vaso vacío que había encima del estabilizador de corriente anexo a la unidad de Sueño Profundo y se lo llevó a los labios, en espera de que el agua le saliera a chorro de la boca y llenara el recipiente hasta el borde.

No pasó nada.

Sacó las piernas de la cama y esperó a que le llevaran al cuarto de baño donde se quitaría todo el dentífrico de los dientes y lo volvería a meter en el tubo sin dejar nada en el cepillo. Después de eso se humedecería la cara fro-tándose con una de las toallas del cuarto de baño y luego recogería con las dos manos el agua que le colara y la dejaría en el lavabo que ya estaría lleno; acto seguido vería cómo los dos grifos absorbían el líquido.

Por extraño que parezca, tampoco sucedió nada de esto.

Entonces Retsil se dio cuenta de que algo raro estaba pasando.

El tiempo corría hacia delante. Ya no estaba viviendo en una realidad hacia atrás. Ya no estaba viviendo en una dimensión en la que el tiempo transcurría al revés. Por eso la habitación le resultaba conocida y extraña a la vez.

Este era su cuarto, pero llevaba mucho tiempo viviendo en una realidad inversa y por eso le resultaba todo tan raro. De hecho, si se paraba a pensarlo, no se llamaba Retsil Evad. Su nombre ya no estaba al revés. Se llamaba Dave Lister.

Dave Lister. Al menos algo recordaba. En realidad, era lo único que recordaba.

Se tambaleó hasta conseguir mantener el equilibrio y avanzó arrastrando los pies por la cubierta de observación, pisando con la parte de fuera para evitar clavarse las uñas de quince centímetros. A mitad de camino se percató de su reflejo en la pantalla de visualización de plexiglás. Parecía un pingüino artrítico con aletas de buceo de un número menos. Después de haber completado el recorrido hasta el otro lado de la habitación y haberse sentado de golpe sobre la silla giratoria de cuero que había junto a la mesa del radar del ordenador de navegación, levantó el pie y empezó a cortarse las uñas con el sacapuntas de manivela que estaba anclado en la mesa.

Una cabeza de mecanoide asomó por la escotilla.

—Me alegro de verle de nuevo en circulación, señor. ¿Cómo se encuentra?

—¿Quién soy yo? No sé quién demonios soy. Aparte de cómo me llamo no me acuerdo de nada.

Una sonrisa se extendió en la cara rosa, cuadrada y sin pelo de Kryten, como una piedra dando saltos en la superficie de un lago.

—Vaya, tiene una ligera amnesia, señor. Es bastante común después de pasar un periodo tan largo en Sueño Profundo —el mecanoide de cuerpo gris mate marcadamente cincelado entró en la sala. En el centro de la placa de su pecho, la carcasa de la CPU con forma de ojo de buey resplandecía tenuemente bajo la relajante luz ámbar de los fluorescentes—. Ha estado más de veinte años inconsciente.

—¿Veinte años?

—A decir verdad, le desperté la primavera pasada, pero usted insistió mucho en seguir otros tres meses.

Kryten le dio una bandeja con el desayuno.

—Tome, seguro que tiene hambre.

Lister asintió con la cabeza en señal de agradecimiento y examinó de cerca su desayuno.

—¿Has echado cebolla cruda rallada por encima de los cereales?

—Así es como le gustan, señor.

—¿En serio?

Lister sacudió la cabeza desconcertado y le dio un trago largo al zumo de naranja. La expresión de su cara se petrificó y los ojos se le abrieron como si se los estuvieran inflando con una bomba de aire. El líquido salió de su boca formando un arco y salpicó por todo el suelo.

—¡Este zumo de naranja está asqueroso!
—No es zumo de naranja, señor. Es su reconstituyente matutino: salsa vindaloo muy fría.

—¿Bebo salsa de curry fría para desayunar?

—Según el humor que tenga. Si se levanta por la tarde, suele preferir empezar el día con una lata de cerveza caliente de la noche anterior. Por eso acostumbraba a dormir con un colador de té junto a la cama, para poder filtrar las colillas.

—¿Bebo, fumo y desayuno salsa de curry? ¿Cebolla cruda en los cereales? Me comporto como un cerdo asqueroso medio salvaje.

—¿Ya ha recuperado la memoria, entonces?

—No. Todavía nada.

—Tal vez esto le ayude —Kryten se dio la vuelta y cogió la guitarra con forma de estrella.

—¿Toco la guitarra?

—¿Tengo yo la cabeza como un gracioso cubito de hielo? ¿Por qué no ahoga las penas con unos cuantos acordes potentes? A ver si le trae algo a la memoria.

Una expresión nostálgica se instaló en la cara de Lister, con sus uñas recién cortadas surfeando con cariño sobre las cuerdas, mientras tocaba una canción que estaba guardada en lo profundo de su memoria de largo plazo. Se trataba de una canción de amor que había escrito él mismo. Posiblemente su mejor melodía. El ruido era espantoso, una obscenidad eléctrica: música para salir corriendo.

Kryten mostró una sonrisa radiante.

—¡El maestro de la guitarra ha vuelto!

—No seas condescendiente conmigo. No tengo ni idea de tocar. Canta a la legua.

—Señor, cuando haya recobrado del todo su personalidad, creará firmemente que toca la guitarra como el espíritu de Jimmy Hendrix.

—¿No hay nada bueno que puedas decirme de mí? ¿Nada agradable?

—Agradable... Bueno, en los viejos tiempos solía facilitarme las tareas de lavandería dándoles la vuelta a los calzoncillos para poder llevarlos otras tres semanas más. ¿Eso cuenta?

La cara de Lister se contrajo en un gesto de repugnancia.

—¡Qué guarro soy! Soy un vago redomado, medio analfabeto, cabeza de chorlito, chabacano, repugnante, descerebrado, grosero, de mal gusto y sin oído musical.

Kryten le dio un abrazo de oso.

—Bienvenido a casa, señor. Le hemos echado mucho de menos.

Lister se puso a quitar la cebolla de sus cereales.

—¿Por qué no me acuerdo de nada? ¿Cómo es que no me ha vuelto la memoria todavía?

—Tal vez necesite un intensificador de la transmisión sináptica. Voy a preparar un poco.

El mecanoide agachó la cabeza para salir por la escotilla abierta y subió por las escaleras hacia el pequeño laboratorio científico situado en la cúpula de la nave.

Lister apartó a un lado los cereales y levantó la tapadera metálica que preservaba el plato de comida caliente. Se quedó mirando con repulsión el sándwich de tres pisos de huevo frito con chiles y salsa chutney. No podía creer que alguien así fuera él.

—Hola —la chica entró en el camarote vestida con una bata corta color crema y bebiendo una taza de leche caliente con miel—. ¿Cómo te encuentras?

Su mirada con ojos de laguna azul le atravesó igual que una lanza, y algo dentro de él se derrumbó y cayó como un ñu abatido. Hablaba correctamente, con un ligero toque escocés, o puede que incluso irlandés, Lister no estaba seguro del todo (nunca se le había dado muy bien lo de reconocer los acentos). Por su postura y su actitud casi altiva Lister supuso con acierto que se trataba de una oficial.

Sus labios se separaron formando una sonrisa que le iluminó la cara como una máquina de pinball bajo una mata de pelo castaño despeinado del color de la tarta de nueces.

—¿Estás bien?

—Sí —asintió Lister.

—Yo salí del Sueño Profundo hace ya dos meses. El ordenador médico detectó que necesitaba una apendectomía, así que me despertó con antelación para que estuviera totalmente recuperada cuando llegara el momento de reanimar al resto de la tripulación.

—Ah, muy bien —dijo Lister y se preguntó si debería haberse dirigido a ella con un "señora", o incluso un "señor".

—Me operó Kryten con un escalpelo láser. Lo hizo tan bien que ni siquiera se nota la cicatriz.

Lister soltó una carcajada demasiado exagerada. Esta mujer tenía la habilidad de rebajarle en 20 puntos el coeficiente intelectual ¿Qué le estaba pasando?

La miró. Algo justa de belleza, aun así tenía su encanto y por el definido contorno de su cuerpo bajo la bata de seda estaba bastante seguro de que no llevaba una pila de ropa debajo. Hay que tener mala suerte, pensó, para que te toque un oficial superior que te pone el corazón a ritmo de sambódromo.

—Echa un vistazo —dijo ella—. Te apuesto lo que quieras a que no encuentras la cicatriz.

Lister solo estaba prestando atención a medias cuando ella se abrió la bata de un tirón y la dejó deslizar por su espalda hasta el suelo. Se quedó de pie frente a él desnuda.

—¿La ves?

Todo su cuerpo se petrificó del impacto. ¿Se lo estaba imaginando? ¿Se había vuelto loco? ¿O acaso la mujer con pinta de oficial estaba desnuda delante de él? Las cejas se le subieron a lo alto de la cabeza y se aferraron la una a la otra en busca de sosiego.

—¿La ves? —repitió ella.

—¿Eh?

—No estás mirando. Mira bien.

Lister levantó la vista momentáneamente y murmuró una serie de incredulidades.

—No estás mirando. Estás mirando al suelo. Mira —caminó hacia su silla y le estiró de la barba hasta que sus ojos estuvieron frente a frente con la pequeña curva de su tripa. Un triángulo diminuto de vello púbico apareció de forma fugaz en su visión periférica—. ¿Ves la cicatriz de la operación?

—¿Perdón?

—¿La ves?

Lister exploró su tripa con la vista pero no vio nada.

—Mírame.

Los ojos de Lister ascendieron por el tronco desnudo y los pechos turgentes hasta encontrarse con su mirada. Cuando llegó a la cara se percató de que ella le estaba mirando fijamente y con un gesto de picardía en los labios a la tienda de campaña que se había instalado de repente en la parte baja de su camión.

Ella alargó el brazo y la puerta de la escotilla se cerró con un zumbido. Le deshizo el lazo del cuello de la bata y se la abrió de un tirón, luego se colocó despacio encima de él. Le rodeó el cuello con sus brazos y le mordió con ternura en la boca al mismo tiempo que empezaba a mecerse suavemente hacia delante y hacia atrás encima de él.

—Ooh, —dijo Lister.

—Ooh —dijo la mujer de la cicatriz de apendicitis invisible.

—Aaaaaaah —dijo Lister aumentando el entusiasmo.

—Aaaaaaah —dijo la mujer justo después.

Y así continuó la conversación hasta que un "Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaahhhh" y un "Oooooooooooooooooooooooooooooooooohhhhhhhhhhhhhhh" llevaron el intercambio de diálogo a una conclusión satisfactoria cuatro minutos y medio después.

Si le hubieran preguntado a Lister hubiera dicho que fue veinte minutos después. Pero habría estado faltando a la verdad.

Permanecían sentados fundidos en un abrazo, cubiertos por una fina lluvia de sudor, cuando un pitido suave anunció que había alguien en la puerta. Ella se levantó de encima de él, se puso la bata y activó el mecanismo de apertura de la puerta. Kryten entró con sus andares de pato y una segunda bandeja de desayuno en las manos.

—Ah, Kryten, me voy a dar una ducha. Solo he venido a coger unas cuantas cosas —abrió una de las cajas de madera y empezó a revolver entre sus contenidos.

Lister cruzó la mirada con Kryten.

—¿Quién es esta? —gesticuló con los labios en silencio.

Kryten se encogió de hombros, sin entender nada.

—¿Señor?

—¿Quién es? —repitió con mímica mientras la chica de los ojos de laguna azul sacaba una selección de ropas de la caja y las apilaba ordenadamente a un lado.

—Kochanski —contestó Kryten articulando en lenguaje mudo.

—¿Quién? —dijo Lister calladamente.

—Kristine Kochanski —dijo moviendo los labios.

—¿Kristine Kochanski? ¿Y quién es esa?

Kochanski se dio la vuelta y les pilló en medio de su conversación silenciosa.

—¿Ya le ha vuelto la memoria, verdad? Me refiero a que sí que sabe quién soy, ¿no?

Lister y Kryten soltaron una fuerte carcajada al unísono y le aseguraron que por supuesto que sabía quién era ella. Ella arqueó una ceja nada convencida y desapareció por la escotilla. Kryten sacó una jeringa de aire y disparó un pequeño chorro al aire.

—Intensificador sináptico. Vamos a recuperar esa memoria suya ahora mismo.

Lister asomó la cabeza por la puerta mientras ella subía corriendo las escaleras metálicas.

—¿Kochanski has dicho que se llamaba? Como se las gasta. Cuéntame todo lo que sepas de ella.

—Señor, pero si ha pasado los últimos cincuenta años de su vida con ella. Una mirada de incredulidad absoluta se reflejó en la cara de Lister.

—¿Quieres decir que es mi novia?

Kryten asintió con la cabeza.

—La leche, es increíble. ¿Pero por qué iba ella a salir con un capullo como yo? ¿Qué pasa, que soy el último humano que queda vivo o qué?

Kryten se dio prisa con el intensificador.

—La droga le hará efecto en seguida, señor. Tal vez podría prepararle un buen baño caliente.

Lister sacudió la cabeza.

—Lo que digo es que es una chica fina, de eso no hay duda. Educada, con acento pijo. O sea, es alguien importante. Mientras que por lo que me has dicho de mí, hombre, sinceramente, doy la impresión de ser una escoria. ¿Qué atractivo tengo?

—Oh, no sea tan duro consigo mismo, señor —dijo Kryten sonriendo—. Usted tiene sus cosas buenas.

—¿Ah sí? ¿Como cuáles?

Kryten dejó salir una risita burlona que cruzó rauda la habitación.

—Por nada del mundo se me ocurriría hacerle pasar vergüenza.

—Hazme pasar vergüenza —dijo Lister con énfasis.

—Bueno, usted es una persona amable.

—Amable —dijo Lister, poco impresionado.

—Además, tiene una vena sentimental que hay quien la considera atractiva. Y dicen que a veces entre curry y curry se pone muy romántico.

—Amable, sentimental, devorador romántico de curry —dijo Lister, con una voz casi monótona—. Corta el rollo, Kryten, ¿cuál es la verdadera razón?

—Yo diría que a ella le va la marcha, señor.

—Vale, está bien —dijo Lister, al fin convencido—. ¿Qué tal si me doy ese baño?

—Voy un momento a conectar al señor Rimmer, señor, y ahora mismo se lo preparo. Sígame.

Lister siguió a Kryten por las escaleras que descendían de la cubierta de observación por el interior de la sección central.

Un hombre vestido con un mono negro elástico de PVC, una chaqueta amarilla de franela y un abrigo de piel sintética con estampado de cebra estaba sentado junto a la mesa del radar dando sorbos a un vaso de leche. Tenía el pelo cepillado hacia arriba en forma de tupé y dos colmillos largos que brillaban cuando sonreía.

—¿Quién demonios es este? —dijo señalando a Lister.

—Es Lister —dijo Kryten—. El otro humano.

—Pues sí que es feo.

—¿Y tú quién eres? —dijo Lister.

—Al parecer, descendiendo de los gatos —dijo el Gato—. Y según el cabeza de plastilina este, soy increíblemente presumido, narcisista y solo pienso en mí. Pero no me extraña —dijo de repente al verse reflejado en una cuchara—, la verdad es que soy muy guapo.

Lister se dio la vuelta y se dirigió a Kryten.

—¿Cuánto voy a tardar en recuperar del todo la memoria?

Kryten tecleó un código de acceso en el ordenador de pared.

—Menos de una hora, señor.

Se abrió la puerta de una trampilla y el mecanoide sacó un objeto del tamaño de una canica.

—El señor Rimmer, señor —dijo Kryten en respuesta a la mirada de Lister—. Es un holograma, señor. Esta es su cápsula lumínica.

Dejó la cápsula en el suelo.

—¿Rimmer? —dijo Lister—. Es mi mejor amigo, ¿verdad?

La cara de Kryten se deshizo en una mueca de desagrado, como si acabara de probar por primera vez el kebab de cabra.

—No se encuentra bien, señor. Tal vez necesite un refuerzo de intensificador sináptico.

Pinchó a Lister una segunda vez, luego tecleó la secuencia de arranque en el ordenador y observó cómo la cápsula se elevaba del suelo con suavidad y se quedaba flotando a un metro de altura.

"Descargar forma física", dijo a la unidad de control de voz y se quedó mirando mientras la imagen en blanco y negro de Rimmer aparecía parpadeando algo distorsionada por interferencias. Allí estaba de pie con su metro ochenta y tres de altura y sus espaldas anchas, con una pequeña H grabada en mitad de la frente bajo un pegote de pelo castaño indomable; tenía la cara angulosa, los labios delgados, los agujeros de la nariz tan abiertos y profundos que si se los hubieran tapado con cuero y les hubieran dado la vuelta podrían haberle servido a un gnomo de timbales.

"Acceder a los bancos de personalidad", Kryten murmuró a la unidad de control de voz. Una serie de gráficos de barras aparecieron en la pantalla. "Descargar características. Cargar arrogancia." La primera barra, una alta, se llenó lentamente de un líquido verde, como si lo estuvieran vertiendo en un frasco al acompañamiento de un efecto de sonido de escala ascendente. "Cargar carisma." Una segunda barra, una muy baja, se llenó con un solo pitido corto. "Cargar neurosis." La siguiente barra, la más larga con diferencia, empezó a llenarse poco a poco.

—No hace falta que nos quedemos esperando, señor, cargar las neurosis dura más que Lo que el viento se llevó. Voy a preparar el baño.

—Ah, ese Rimmer —dijo Lister al hacerle efecto de repente el intensificador de memoria—. Oh, Dios. "Ese" Rimmer.

Los cinco miembros de la tripulación del vehículo de transbordo de la Corporación Minera de Júpiter estaban sentados alrededor del panel del radar cuando Kryten empezó a exponer la situación lo mejor que sabía. Empezó explicando por qué el ordenador del Starbug les había sacado del Sueño Profundo a pesar de que aún les quedaba cierta distancia para llegar al Enano Rojo. Obedeciendo la directiva 3211 de los Cuerpos Espaciales había localizado una nave accidentada de la Flota Estelar y recomendaba ir allí e investigar. El motivo era doble: rescatar a los posibles miembros supervivientes de la tripulación y, casi más importante, peinar la nave en busca de provisiones.

—Bueno, y ¿dónde estamos exactamente? —dijo Lister, que ya se encontraba otra vez a pleno rendimiento y se estaba metiendo entre pecho y espalda su segundo desayuno de morcilla con patatas—. ¿Ya hemos cruzado el Omniespacio?

—¿El Omniespacio? —dijo el Gato.

—El punto en el espacio—tiempo donde convergen todas las realidades diferentes —dijo Kochanski—. Métele otro refuerzo de memoria.

Mientras descargaba una tercera jeringa en el cuello del Gato, Kryten explicó que cada decisión que se toma en la vida crea una horquilla temporal; una línea de realidad va en la dirección de la opción que se ha elegido, mientras que la otra dirección de la horquilla, la línea temporal que se ha rechazado, se queda guardada y almacenada en el Omniespacio. El Omniespacio alberga todas las líneas temporales rechazadas y es el punto de entrada a los siete Universos.

—Sí, pero —insistió el Gato—, lo que quiero saber es en qué parte del Espacio Profundo estamos y si voy vestido de manera adecuada.

—Atravesamos con éxito el Omniespacio hace ya un tiempo, señor. De hecho, de acuerdo con mis últimos cálculos estamos a tan solo seis o siete semanas de encontrarnos con el Enano Rojo.

—Entonces ¿a qué viene tanta presión con entrar en el cinturón de asteroides?

Kryten se giró y se dirigió a Lister.

—Señor, llevamos ya muchos años fuera del Enano Rojo.

Lister asintió con la cabeza. Era verdad. Él y Kochanski habían pasado treinta y seis años en el Mundo Hacia Atrás después de que él sufriera un ataque al corazón en su propia realidad. Enterrado allí con los sesenta cumplidos, había desmuerto y desenvejecido hasta alcanzar su edad actual de veinticinco años. Kochanski tampoco había llegado al Mundo Hacia Atrás con una forma física excelente; es más, había quedado reducida a un triste montón de cenizas quemadas. Holly había hecho algún tipo de milagro para igualar sus edades, y luego el tiempo inverso se había encargado del resto.

Kochanski continuó.

—No sabemos con seguridad si el Enano Rojo estará allí siquiera, o, si lo está, si seguirán intactos los suministros de a bordo. Así que esta nave abandonada puede ser la última oportunidad de abastecernos con suministros nuevos.

—¿Cuánto tiempo va a costarnos? ¿Dos o tres días?

Kryten asintió con la cabeza.

—Pero no se puede volar por el interior de un cinturón de asteroides sin deflectores —dijo Rimmer—. ¿Qué pasa con la directiva 1742 de los Cuerpos Espaciales?

—¿1742? "Ningún miembro de los Cuerpos se presentará jamás al servicio activo con un tupé pelirrojo?" ¿Seguro que esa norma es pertinente en esta situación en concreto, señor?

—La 1743, entonces.

—Ah, ya veo. "Ninguna nave registrada deberá intentar atravesar un cinturón de asteroides sin deflectores."

—¡Sí, esa! Dios, mira que eres pedante.

Lister sacudió la cabeza.

—Rimmer, fijate cómo estamos de suministros. Tu holograma está funcionando con la batería de reserva. Sólo tenemos oxígeno para tres meses. Agua, si la bebemos reciclada, para siete semanas. Y lo peor de todo, solo nos queda una caja de papadom de dos mil unidades. No podemos estar dependiendo del Enano Rojo. Tenemos que entrar ahí.

—Pero tú sabes lo inestables que son esas agrupaciones —se quejó Rimmer—. Un solo impacto directo en esa ventana de plexiglás y nuestras entrañas estarán flotando en el aire antes de lo que tardas en darles la vuelta a tus calzoncillos favoritos.

—Venga, hombre, esta puede ser nuestra última oportunidad de coger provisiones en meses. Yo digo que vayamos a hacer una visita.

—Por el amor de Dios, una grieta en el casco y quedamos hechos picadillo.

—Hay un viejo proverbio gatuno —dijo el Gato, que empezaba a sentirse ya bien—, "más vale vivir una hora como un tigre, que vivir toda la vida como un gusano."

—Hay un viejo dicho humano —dijo Rimmer—, nunca nadie oyó hablar de las alfombras de piel de gusano.

Kochanski se sirvió un vaso del dispensador de agua reciclada.

—Puede que esto os saque de dudas —dijo ella, girándose del banco de monitores—. Acabamos de entrar en el sistema de identificación de la nave.

—¿Y? —dijo Lister, poniéndose en pie—. ¿Qué tenemos?

Ella se bebió el vaso de agua de un trago, lo arrugó y lo tiró por el conducto del sistema de reciclado.

—Esa nave de ahí fuera es el Starbug.

—¿Otro Starbug?

—No, este Starbug. Nos acabamos de presentar al ordenador central y mira lo que ha pasado cuando nos hemos dado los números de serie —ella señaló el monitor—, "STA 7676-45-327-28V", es exactamente el mismo número de registro.

Lister miró las cifras de cerca.

—¿Cómo es posible?

Ella sacudió la cabeza.

—No puede ser.

—¿Hay rastro de la tripulación?

—Por ahora no.

—Entonces no se hable más. Será mejor que vayamos a echar un vistazo.